

LA MEMORIA DEL CUERPO



LA MEMORIA DEL CUERPO

Patricia Almarcegui

Fórcola/Ficciones

Fórcola/Ficciones

Directores de la colección:

Amelia Pérez de Villar y Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

La memoria, fotografía de Jael Levi, 2017

© Patricia Almarcegui, 2017

© Fórcola Ediciones, 2017

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-13001-2017

ISBN: 978-84-16247-91-2

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

A mi amiga Marian

La llegada

SAN PETERSBURGO ya no es lo que era. Yo tampoco. Aunque miro el Neva desde mi ventana con la misma intensidad que cuando llegué hace más de treinta años, la luz no es la misma. Es extraño, pues lo que tendría que haber cambiado es el amor que siento por este río y no su luz. Mi cuerpo también es diferente, del pasado solo me quedan los gestos. Cuando estoy triste miro mis fotografías y creo que fui como ella: alta, delgada, rubia, segura y feliz. Pero solo me reconozco cuando oigo la música.

En las tardes húmedas y plateadas de mi viejo apartamento me acuerdo de mis padres. Están en el jardín de la casa familiar, desayunando, entre las adelfas que plantaron para convertir en un paraíso el desierto en el que vivíamos. Siempre velaron por mis sueños y los de mis hermanos. Eso los honra porque la generación de sus padres no pudo hacerlo por ellos y, además, nuestros ideales eran inalcanzables. Aunque algunos críticos dicen que yo los he conseguido. Solo he vuelto una vez a la ciudad donde nací. Durante mucho tiempo no tuve fuerzas para reencontrarme con lo que podría haber sido si no me hubiera convertido en bailarina, y ahora el cuerpo me ha abandonado. Hace unos años me hicieron una oferta muy atractiva para dirigir el Ballet Nacional. Podría haber vuelto. Incluso llegué a imaginar la calle y la casa donde viviría en Madrid, pero cuando una lleva tantos años fuera ya no entiende a su país. Además, en San Petersburgo ha transcurrido toda mi vida. Dice así.

Nací en una familia de la burguesía de Zaragoza. Mi padre, aunque era poeta, se ganaba muy bien la vida vendiendo papel y hierro. Mi madre era una mujer muy hermosa. Se decía que,

si te la cruzabas y no te dabas cuenta, un ángel tocaba tu hombro para que te giraras y la miraras. Le gustaba vivir rodeada de flores. Llegó a criar hortensias en el desierto y a tener la herboristería más bonita de la ciudad. De ambos aprendí palabras de sonidos y aromas mágicos. De mi padre, *gramaje*, *corrugado*, *remesa* o *satinado*. De mi madre, *abrótano macho*, *hierbaluisa* o *malvavisco*.

En casa siempre había invitados a comer o a cenar. Se bebía y se discutía mucho. Mis hermanas y yo desfilábamos al comienzo de las cenas para saludar. Era como una escena antigua. Rodeábamos la mesa vestidas con nuestros camisones y batas de organza, que mi tía nos traía de Inglaterra, y dábamos las buenas noches con dos besos. Supongo que se fijaban en nuestros cabellos rubios y en lo tímidas que éramos. A la mañana siguiente, pasaba por el salón para ir a la habitación de mis padres y despedirme antes de ir al colegio, y me paraba a mirarlo. En la mesa redonda se mezclaban las cartas de póquer con las botellas de whisky y los vasos vacíos.

Como diría Anna Ajmátova, todos pasamos en la infancia por unos acontecimientos que marcan la gradación espiritual. El más importante para mí fue la música. Me criaron con ella. A fuerza de escucharla en el salón, el jardín y los dormitorios aprendí a distinguir los nombres de los compositores y la época a la que pertenecían. También a leer los surcos de los discos. Sabía dónde tenía que poner la aguja para reproducir mi movimiento preferido y bailar delante de la familia y los amigos. Por una extraña razón, a medida que mis padres fueron cumpliendo años, sus discos se detuvieron en el barroco, que se ensanchaba y ensanchaba mientras yo, adolescente, inquieta y desbordada, me identificaba con el romanticismo.

Poco después llegó la literatura. Tengo recuerdos de cuando aún no sabía leer y sobre todo de las ganas que tenía de aprender. Miraba con atención los tebeos de mi hermano, Escobar, Escobar y Escobar, hasta que no podía seguir la historia y buscaba a alguien que me contara lo que ponía en los bocadillos. Leer con el libro debajo del pupitre me salvó del

aburrimiento del colegio y, en casa, de la realidad. Soñaba con volver de las clases heladas para meterme bajo el edredón y seguir leyendo. A veces mentía y decía que me encontraba mal. Mi madre me creía y dejaba que me quedara al calor de la litera. Poco antes de irme a Rusia, me di cuenta de que los libros de los que hablaban en clase estaban en la biblioteca del salón. Pero ya era demasiado tarde.

Y mientras, llegó el mar: el Mediterráneo. Con la serenidad de la infancia. Allí pasé mis vacaciones desde los tres años. En invierno era de color de plata; en primavera, esmeralda; en verano, transparente, y en otoño, del color del vino. Sé que lo reconocería en cualquier lugar del mundo. El poco tiempo libre y la libertad que tuve de pequeña están ligados a él. Fue el centro de los amigos, las aventuras y el único sitio en el que estuve a punto de disfrutar de la adolescencia. Se acabó a los dieciséis años. ¡Cómo lo echo de menos! Hace años que reparto mis vacaciones entre las aguas de Issyk-Kul, el Neva y el Báltico pero nunca he vuelto a ver el color del vino en otoño.

De mis padres heredé una alegría y un optimismo contagiosos. Creo que tiene que ver con el paraíso que intentaron construir para mis hermanos y para mí. A veces me pregunto cuándo perdí semejante herencia.

Fui a un colegio bilingüe donde aprendí una lengua que casi no he usado. Sin embargo creo que eso, al igual que la música, educó mi oído para después, que se fijó en los sonidos del alemán para aprender otros idiomas. Mi madre me contó que estudiamos allí porque estaba cerca de casa. Así era, el patio del colegio estaba en un solar pegado al piso de la calle Zumalacárregui de mi abuelo, donde vivíamos. Sin embargo, las verdaderas razones por las que mis padres lo eligieron fueron porque era aconfesional y mixto. Lo primero nunca me importó demasiado, era la forma en que me había criado; pero lo segundo me pareció lo mejor del colegio bilingüe: los chicos. Creo que me han gustado desde siempre. El horario de las once asignaturas diarias solo tenía interés cuando me hablaba o se me acercaba el chico de mis amores. He sido muy enamoradiza.

Bailar. Bailo desde siempre, aunque empecé a tomar clases de *ballet* a los cinco años. Era lo que solían hacer las niñas como yo en mi ciudad. A la salida del colegio mi madre nos venía a buscar en su coche rojo, merendábamos un bocadillo de mantequilla y chocolate y nos repartía por la ciudad para bailar o pintar. Cualquiera cosa antes que quedarnos en casa viendo la televisión que, por supuesto, era lo que queríamos. El *ballet* me gustó enseguida. Al año de empezar, me pusieron las zapatillas de punta, lo que se hacía con muy pocas alumnas. Aún las guardo, no son más grandes que mi mano y están casi sin usar. El pie me debió de crecer muy pronto. No tienen cintas, supongo que mi madre se las quitó y las puso en las siguientes. Por aquel entonces conseguir unas zapatillas de punta y unas cintas de raso tenía que ser una heroicidad. Se las regalé a mi primer novio y cuando rompimos me las llevé. Ahora me doy cuenta: me habría gustado que las guardaran mis padres.

Tres o cuatro años más tarde empecé a dedicar mi tiempo libre al baile. Iba dos horas al día al salir de clase y los sábados toda la mañana. La noche anterior me ponía muy nerviosa y no podía dormir de la emoción.

—¿Qué te pasa? —me preguntaba mi madre cuando me veía preparando una tisana con la fórmula magistral de hierbas para dormir que me había enseñado.

—No puedo dormir.

—¿Por qué?

—No sé —mentía.

Las clases del sábado eran larguísimas. Tanto, que los compañeros las iban abandonando poco a poco. En la cuarta hora, las que quedábamos —casi siempre las alumnas más aventajadas— nos poníamos las puntas y seguíamos hasta la hora de comer. La luz del mediodía entraba por las claraboyas e inundaba la sala donde repetíamos diagonales girando hasta agotar el magnetofón. Nunca sentí la necesidad de volver antes a casa o hacer otras cosas aquellas mañanas luminosas. Mi madre venía a buscarme y yo me despedía feliz de mis compañeras, rojas las mejillas por el ejercicio.

—¿Nos vamos? —decía desde la entrada del Estudio.

Yo tardaba en salir. Me costaba dejarlo y me entretenía con cualquier cosa. Creo que esperaba que mi madre se cruzase con mis profesoras para que le hicieran algún comentario sobre mi forma de bailar. Aún quería más *ballet*.

—Vamos, es tarde, tenemos que hacer muchas cosas antes de volver a casa.

Y empezábamos un pequeño viaje por la ciudad para recoger la compra de la semana que había encargado por teléfono. El asiento de detrás se iba llenando de olores de cosas insólitas, maravillosas. Pan de currusco tostado de la panadería «La Eléctrica», gambas cocidas de «Escobar», una punta de jamón serrano, cabeza de jabalí, cebolletas en vinagre, queso Idiazábal del mercado de Arzobispo Doménech y milhojas de crema de «Montañés» que traía mi abuela, a quien pasábamos a recoger para que comiera con nosotros los sábados.

Lo que más me gustaba del baile era la música. La música. Siempre la música. Los adagios que daban comienzo a la segunda parte de la clase. Tan hermosos que me hacían un nudo en la garganta. También los gestos. Los movimientos del alma que surgen sin que nadie los provoque. Por ejemplo, inclinar la cabeza hacia la izquierda y sentir una delicadeza y una fragilidad tan grandes que podría llegar a ser una princesa de un cuento medieval. O inclinar la muñeca y sentir que las gotas de lluvia podían recorrer mi brazo desde el hombro hasta el dedo meñique sin tropezar con nada, como nos decían en clase.

La profesora de gimnasia del colegio se fijó en mí y me ofreció formar parte del equipo para competir en el Campeonato de Aragón de Gimnasia Deportiva. Acepté, pero no se lo dije a mis padres. Iba a escondidas, al mediodía y sin comer. Cuando se enteraron en el Estudio, me obligaron a dejarlo. Una bailarina debía tener mucho cuidado con lo que hacía con su cuerpo: podía lesionarse. Desde aquel día, hice muchas más cosas en secreto. Si quería bailar, también había que callar.

La decisión más importante de mi vida la tomé con quince años. No fue fácil. Se lo dije a mis padres en una noche feliz

de verano, de esas en las que por fin cede el calor en Zaragoza. Estaba totalmente convencida. Pero cuando oí mi voz me estremecí, no me reconocí.

–Quiero ser bailarina.

Unos días más tarde, espíe la conversación de mis padres. Mi habitación daba a la terraza. Tomaban una copa antes de cenar. A veces, cerveza, otras gin-tónico flojito con hierbabuena del jardín. Me pareció que hablaban de mí. Me acerqué a la ventana y escuché a mi padre:

–No sé qué vamos a hacer. Es una decisión muy difícil. ¡Es una niña!

–Quiere bailar y la ayudaremos –dijo mi madre.

–Sí, pero ¿cómo sabemos que puede llegar a ser una buena bailarina? El mundo artístico es tremendo.

–Lo importante es que nos lo ha pedido.

–¿Y si cambia su vida y no llega a nada?

–Y qué más da –contestó mi madre–. Si sale mal, nos tiene a nosotros.

Mi padre se quedó en silencio.

–Está bien –aceptó al fin–, pero no cambiará de vida. No va a dejar el colegio ni a sus amigos. Aunque baile, su vida debe ser como la de otros niños.

Me deslicé en la cama en la oscuridad, metí la cabeza bajo las sábanas y lloré. Tenía miedo. ¿Y si no tenía aptitudes para bailar?

Días más tarde, hablaron conmigo.

–A partir del año que viene puedes dedicarte a bailar. Irás por las mañanas al Estudio. He hablado con el director del colegio y le he pedido que te deje perder algunas clases, ya veremos cómo las recuperas. No le ha gustado pero, como sabe que si dice que no puedo sacarlos a todos, ha aceptado –dijo mi padre.

Lo reconozco. No me alegré cuando lo escuché. Sentí una gran responsabilidad. Estaba obligada a ser una gran bailarina. Mis padres me habían apoyado y ya solo dependía de mí.

Un fin de semana de primavera vino a visitarnos mi tío Tomás. No era mi tío, pero lo llamábamos así. Había sido

compañero de colegio de mi padre y, tras estudiar Derecho, había aprobado una oposición que le llevó a recorrer el mundo. Por aquel entonces estaba en Moscú en la Oficina Económica y Comercial de la Embajada de España, a pesar suyo, pues soñaba con volver a Nueva York o Roma. Era alto, delgado y muy educado. Nos traía regalos y parecía mostrar un gran interés hacia nosotros. Aquel día me regaló un vídeo de *Manon* de Natalia Makárova. Habló con todos durante la comida, a mí me tocó en los postres:

–Me han dicho que te vas a dedicar a la danza.

–Sí –respondí con timidez. Era mi turno y sabía que debía contestar con propiedad a las atenciones que un mayor dirigía a un niño.

–¿Dónde irás? ¿A Madrid?

Me extrañó que no hubiera pensado que me quedaría en Zaragoza.

–No, seguiré aquí en el Estudio.

–¡Ah! –Miró a mi padre con sorpresa.

–Es lo mejor –respondió mi padre.

Tomás parecía decepcionado. Pero de pronto sonrió y sus ojos se achinaron.

–¿Y si vienes a la Unión Soviética?

Y todos, excepto él, nos echamos a reír.

–¿Por qué os reís? Es la cuna del *ballet* –dijo Tomás con voz grave para que quedara claro que hablaba en serio–. ¿Dónde te gustaría estudiar? Piénsalo bien: ¿dónde te enseñarían a ser la mejor bailarina del mundo?

De repente lo vi: era posible. Y comencé a construir mi novela.

–¡Iría a la Academia Vagánova! –exclamé.

–No la conozco. ¿Es ahí donde estudian los bailarines del Bolshói?

–Y los del Teatro Mariinski, el antiguo Ballet Kírov. En la Academia Vagánova es donde estudian los mejores bailarines del mundo.

–No he oído hablar de ella.

–Es que no se llama Academia Vagánova, la llamamos así entre nosotros. Creo que se llama Escuela Estatal Coreográfica de Leningrado o Escuela Estatal de Leningrado... No está en Moscú sino en Leningrado. ¿Conoces la ciudad?

–Sí, ojalá viviera allí en vez de en Moscú, viajaría más por el norte de Europa. La capital es muy ingrata. Así que la Academia Vagánova... No la conocía, puede ser una buena opción. –Se mantuvo unos segundos en silencio mientras se acariciaba la barbilla–. Sí. ¿Por qué no? Le preguntaré al agregado cultural, es un buen amigo. Sería perfecto para ti. ¿Te gustaría?

Miré a mis padres antes de contestar. Buscaba su aprobación. Su expresión había cambiado: estaban muy serios. Pero no me importó, yo ya iba de camino hacia Leningrado.

–Sí –contesté–, me gustaría muchísimo.

¿Cómo pudo una niña de dieciséis años irse de Zaragoza a Leningrado en el año 1985 e ingresar en la Academia Vagánova? No lo sé, han pasado más de treinta años y sigo sin saberlo.

En casa no se volvió a hablar del tema, pero yo no pensaba en otra cosa. *Unión Soviética, Leningrado y Academia Vagánova* eran palabras que tomaron un nuevo sentido para mí. Las decía en voz baja, muy baja, las susurraba y brotaban imágenes mágicas. Tenía una sensación extraña en el estómago noche y día. Decidí no leer, ni preguntar, ni saber nada de ellas; si lo hacía, la posibilidad de que llegaran a ser reales podría desaparecer. Veía todos los días el vídeo de *Manon* y me aprendí de memoria la coreografía, que ensayaba delante del espejo.

Las primeras noticias llegaron por teléfono.

–Tío Tomás quiere hablar contigo –dijo un día mi padre.

Caminé despacio hacia el teléfono. No quería parecer nerviosa.

–Ya está arreglado –dijo desde Moscú–. Solo ha sido un problema burocrático, como todo en el país, pero aún estás a tiempo para hacer la prueba. Si te admiten, con tu edad,

tendrás que empezar prácticamente en mitad de la carrera. Eso complica las cosas. No suelen aceptar a gente que no haya comenzado en el primer curso y además eres extranjera. Pero ¿por qué no? Todo depende de ti. Lo importante es que te prepares bien, te pueden ayudar en tu escuela de Zaragoza.

–Muchas gracias, tío Tomás –dije con un hilo de voz.

Estaba aterrorizada.

–No te preocupes de nada, solo prepárate para la prueba. Ya te iremos diciendo lo que tienes que hacer. Y mucho ánimo, quizá te conviertas en la primera bailarina española que entra en la Academia Vagánova.

Colgué el teléfono y fui al salón. Mis padres estaban en el sofá. Mi madre se levantó y me dio un beso. Mi padre siguió sentado, tenía una expresión muy seria.

–¿Estás contenta? ¿Es lo que quieres? –preguntó.

–Sí.

–Lo primero que hay que hacer es hablar con el Estudio, tienen que prepararte para la prueba.

No me gustó lo que dijo mi padre. Hasta entonces no había pensado qué diría a mis profesores si tenía que presentarme, pero intuía que no les iba a gustar.

–Preferiría que no lo supieran.

Mi padre se sorprendió.

–No te entiendo. Entonces ¿cómo te vas a preparar? ¿Por qué no quieres que lo sepan?

–No sé. Creo que no les va a gustar. Si no me cogen y vuelvo al Estudio, no me tratarán bien.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que no me darán un buen papel en el festival de fin de curso, ni me corregirán en las clases ni me pondrán en las filas de delante para que otras niñas aprendan de mí. Creo que sería como volver a empezar a bailar.

Mi padre lo entendió muy bien.

–¡Maldito país lleno de envidia e ignorancia! –gritó–. ¡Ojalá os marchéis todos! Ya veremos cómo lo hacemos. Tú preocúpate solo de bailar.